



## El Real Ejército de la Frontera de Chile durante el siglo XVII

por Hugo Contreras Cruces – Universidad Academia de Humanismo Cristiano

EN 1603 EL EJÉRCITO REAL DE LA FRONTERA DE CHILE, UNA FUERZA ARMADA PROFESIONAL DE 2000 HOMBRES CREADA UN AÑO ANTES Y CASI ÚNICA EN LOS DOMINIOS AMERICANOS DE ESPAÑA, SE COMENZABA A ORGANIZAR. TRAS LA LLEGADA DEL GOBERNADOR ALONSO DE RIVERA, ESTE NO VIO OTRA SOLUCIÓN PARA CAMBIAR LA TRISTE SUERTE MILITAR ESPAÑOLA. AUNQUE A REGAÑADIENTES, LA CORONA AUTORIZÓ 60 000 REALES DE A OCHO ANUALES PARA LEVANTAR DICHO EJÉRCITO, QUE DEBERÍA DURAR TRES AÑOS, Y CUYO DESTINO INMEDIATO ERA ACABAR CON LA REBELIÓN QUE SACUDÍA EL SUR DEL REINO.

Dicho objetivo no se cumplió y, merced a los numerosos informes de gobernadores y virreyes del Perú respecto de la complejidad y violencia del conflicto, se amplió su vigencia y financiamiento, que llegó a 272 000 reales de a ocho anuales. Sin embargo, nada más comenzar la década de 1630, la Monarquía se convenció de que esta fuerza debía ser, de manera efectiva, permanente y no estar sujeta a periódicas peticiones y negociaciones en relación a su continuidad. Paralelamente, el financiamiento seguía llegando a Chile: la mitad en plata, extraída de las ricas minas de Potosí (situadas en el altiplano de la actual Bolivia, a 3900 m de altitud), y en sombreros, frazadas y ropa, comprados a los mercaderes limeños por un precio muy superior a su valor real. Dichas cargas de plata y ropa se transportaban a Chile en barcos especialmente alquilados para su transporte que, al volver al Perú, retornaban cargados de vino, madera y muchas otras

mercaderías enviadas por particulares. Dichas cargas podían incluir esclavos indígenas capturados en la guerra.

Este financiamiento estaba concebido para pagar un ejército de 2000 milites, incluida su plana mayor, y al gobernador del reino que, como capitán general, ostentaba el mando de todas las fuerzas militares del país. Sin embargo, estos recursos solo alcanzaban para enterar los salarios del personal, los de las compañías de indios auxiliares, a los oficiales administrativos y a los misioneros jesuitas que asistían en sus guarniciones, para comprar algunos cientos de cabezas de ganado y... para nada más. La renovación de las armas (que mayoritariamente eran propiedad de los soldados), la construcción, reparación o ampliación de fortalezas y cuarteles y la asistencia médica eran conceptos deficitarios, fuera de las posibilidades, o de lo que se concebía como necesidades, de financiación. Para superar aquello, el gobernador Rivera levantó un obraje en el que se fa-

◀ Lucha entre españoles y araucanos, grabado incluido en la obra *Histórica relación del Reyno de Chile* (1646) de Alonso de Ovalle, Biblioteca Nacional de Chile. Esta escena, que pretende escenificar una batalla entre españoles (situados en la parte izquierda de la imagen) y araucanos (en la parte derecha), presenta una visión idealizada de las tropas y del equipamiento empleado por ambos bandos que, si bien delata que no nos encontramos ante la recreación de una escena presenciada, da no obstante una buena idea sobre la magnitud de la **GUERRA DE ARAUCO**. Efectivamente, la dureza y perseverancia este conflicto no tuvo parangón con ningún otro episodio bélico acaecido en el Nuevo Mundo. Por este motivo, fueron muchos los cronistas que centraron su atención en registrar los acontecimientos de la Guerra de Arauco en diversas crónicas e historias. Entre ellos destaca el jesuita **DIEGO DE ROSALES**, autor de la *Historia general del reino de Chile, Flandes indiano*, que acuñó este emblemático término y que plantea así el objetivo de su obra: “Los españoles que por tierra han descubierto y poblado este reino de Chile, han tenido bien en exercitar su valor, hallando en él un **FLANDES INDIANO**, una sangrienta guerra, una valiente oposición y osada resistencia en los naturales de esta tierra. Que desde el año 1545 hasta este de 1647 han sustentado la guerra contra el poder español, contra tantos gobernadores valerosos y exercitados capitanes de Flandes, por espacio de ciento y veinte y nueve años, de cuyas batallas fuertes y victorias insignes comenzare a historiar desde el libro tercero [...]”.

bricaban frazadas y mantas, mientras que en Quillota, a 120 km de Santiago, y en Buena Esperanza de Rere, en la región fronteriza aledaña a Concepción, creó dos estancias destinadas a la explotación de ganado con el que se alimentaría a los milites, aunque esta no alcanzaba para el conjunto del ejército. Tanto el obraje de Melipilla como la estancia de Quillota tuvieron una vida corta e intermitente; mientras que la de Rere, conocida como la Estancia del Rey, siguió proporcionando vacas y ovejas durante todo el siglo XVII, llegando a fundarse un fortín para su protección donde estaba asignada una guarnición de quince hombres, quienes combinaban sus tareas de resguardo con las de la ganadería.

## PERFIL HUMANO DEL REAL EJÉRCITO

Dicho ejército se formó con los soldados que ya combatían la rebelión indígena, comenzada en 1598 (alrededor de 300), y otros hombres reclutados en la región central chilena. Desde España se enviaron 1000 soldados, reclutados en Castilla la Vieja, Andalucía y Portugal, que llegaron en 1605 a Chile. El pie de esta nueva fuerza se completó con reclutas peruanos, alistados principalmente en Lima y Cuzco, ciudades que junto a Quito y Ciudad de México se convertirían en sus principales proveedoras de hombres. Ello incluía tanto a voluntarios como a los mal entretenidos y ociosos, que eran enrolados a la fuerza o condenados por las Reales Audiencias a servir en Chile en castigo por delitos menores, entre los que se incluían el hurto y el amancebamiento; a pesar de esto, avanzado el siglo XVII, los criollos del país aumentarían su participación militar, sobre todo en la caballería, para la cual se les consideraba particularmente diestros.

Todos ellos se enrolaban por dos y hasta por cuatro años, aunque muchos pasaban décadas en servicio. Recibían un sueldo anual que oscilaba entre los 105 y los 130 reales de a ocho, dependiendo de si eran infantes (que recibían el menor valor), arcabuceros o jinetes. Los sueldos de los oficiales oscilaban entre los 330 reales de a ocho anuales de un teniente de caballería o un alférez de infantería, y los 965 que recibía un capitán de caballería. El maestre de campo general tenía un sueldo de 1650 reales de a ocho cada año, mientras que el sargento mayor del reino ganaba lo mismo que un capitán de infantería, es decir, 825 reales.

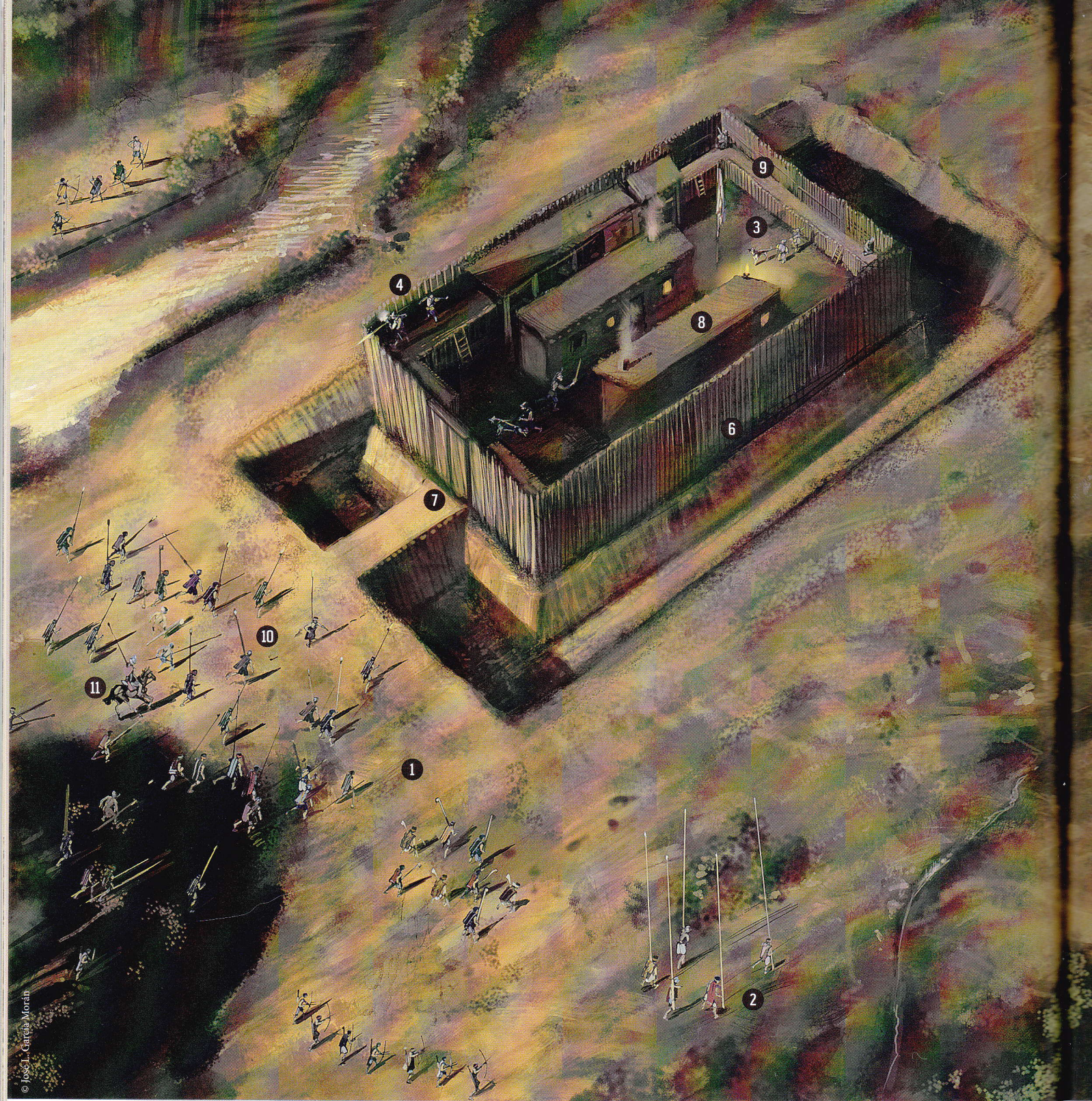
Junto a ellos se integraban al ejército algunos españoles como “soldados libres”. Generalmente se trataba de hidalgos recién venidos de España, hijos de encomenderos, o de quienes veían en la Guerra de Arauco una de las pocas posibilidades

de ganar méritos militares, tan anacrónicos en América como las armas del Quijote en La Mancha, con excepción de las fronteras. Estos hombres, prácticamente desconocidos para la historiografía, se proveían de sus armas y caballos, no recibían pago del Real Situado y se sustentaban con sus propios recursos. Solían formar parte de alguna compañía de los tercios de Yumbel o Arauco/Tucapel como soldados, suboficiales u oficiales de baja graduación, aunque parecían preferir servir en la guardia del gobernador. Sus pretensiones, fuera cual fuera el puesto al que se les destinara, eran las de acumular méritos y servicios que más tarde verterían en una probanza, en la cual no solo narrarían sus aventuras y desventuras que más tarde usarían para pedir un justo premio por su lealtad y sacrificios. Para los gobernadores esto no constituía ningún problema, pues estos pocos hombres eran asimilados a los soldados pagados, tenían sus mismas obligaciones y estaban sujetos a la jurisdicción militar; lo único que los distinguía era que podían salir y entrar de la guerra a su conveniencia.

Por último, estaban los indios amigos. Las reducciones de San Cristóbal, Talcamávida, Santa Juana y Colcura eran sus lugares de habitación y acantonamiento y, si bien esta categoría se usaba en términos más laxos para designar a cualquier indígena aliado, en estos casos era utilizada para denominar a los integrantes de las compañías de caballería auxiliar formadas solo por indios, quienes eran comandados por un oficial o suboficial español, denominado “capitán de amigos”, y por sus propios líderes, conocidos por su designación nativa de “toquis” o “capitanejos”. Además de ser soldados, servían de exploradores, zapadores, intérpretes y guías, lo cual significaba un apoyo fundamental para el ejército en las campañas estivales, y aun en épocas donde la paz parecía reinar, pues conocían los caminos, los vados y los asentamientos enemigos, comprendían bien su idioma y sus lógicas militares, y se constituyeron en eficientes captores de esclavos.

## ESTRUCTURA DEL EJÉRCITO

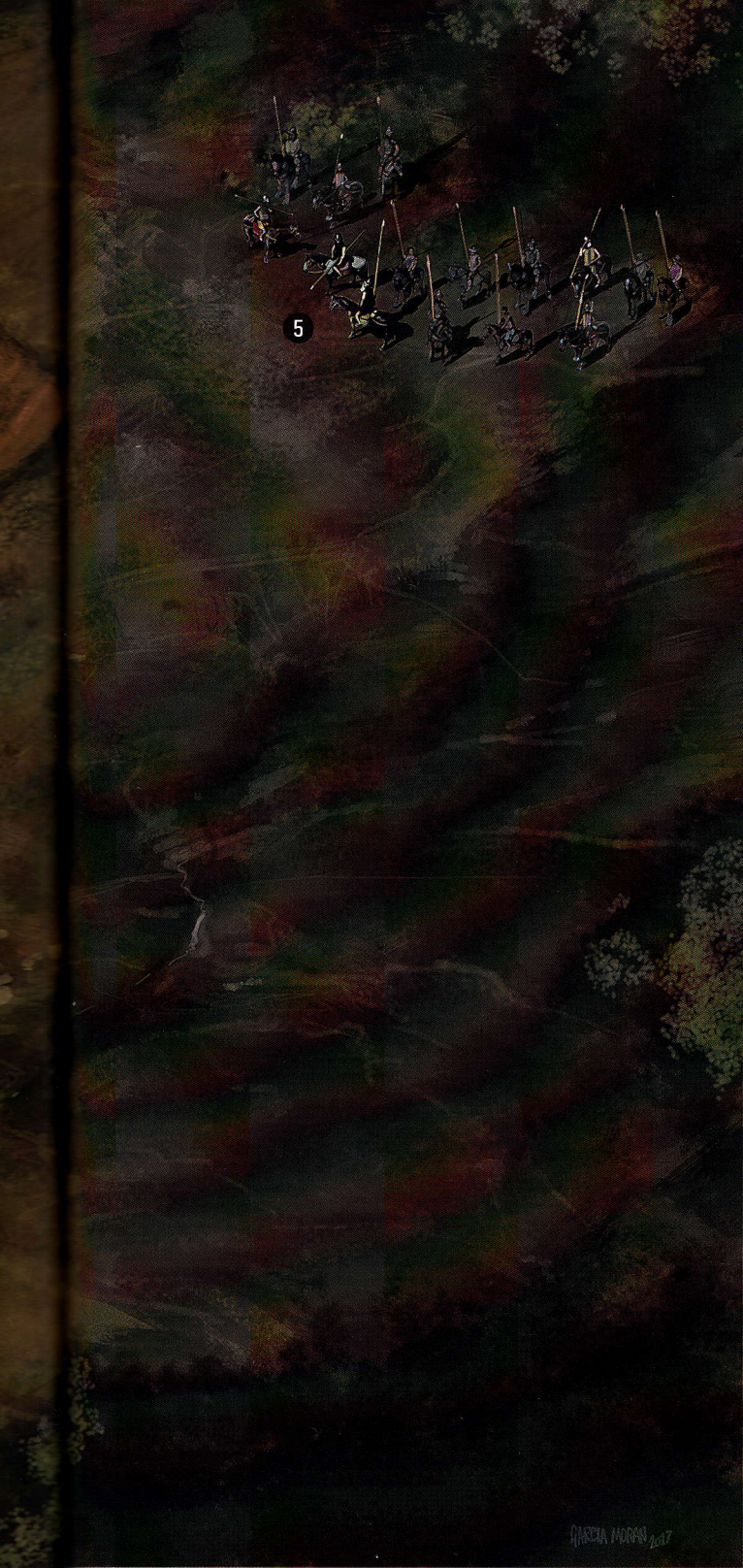
El Real Ejército de la Frontera era encabezado por el propio gobernador, que de media pasaba seis meses del año en Concepción, lo que convertía a dicha ciudad en una suerte de capital militar del reino. En términos estrictos este, en cuanto capitán general, estaba a cargo del conjunto de las fuerzas militares y milicianas chilenas, mientras que el ejército tenía a su propio comandante, el maestre de campo general; pero, al ser la mayoría de los gobernadores del setecientos militares de carrera asentados en Concepción para supervisar la mar-



cha de la guerra, terminaban ellos organizando y encabezando las campañas contra los mapuches. Esto era válido incluso para los que no eran militares, como el oidor y doctor Luis Merlo de la Fuente, que cumplió tal función en calidad de interino, en 1610 y 1611, e hizo la guerra “a fuego y sangre”, dejando una estela de campos quemados y cuerpos de rebeldes decapitados. A pesar de todo se trataba no solo de un asunto militar sino, también, político. Después del maestre de campo general, la plana mayor la conformaban un sargento mayor de la infantería, un comisario general de la caballería (cargo que posteriormente fue suprimido), un capellán general y un veedor general a cuyo cargo estaba la administración buro-

crática y el pago de sueldos de los milites. Estos últimos, desde 1609, contaron con fuero militar, por lo que era el gobernador el único autorizado para juzgarlos.

La organización del ejército planeada por Rivera no varió demasiado en los años posteriores. Al contrario, más bien fue ratificada en 1612, cuando el virrey del Perú, el marqués de Montesclaros, dictó un edicto real estableciendo la estructura formal del mismo, proyectada para una fuerza que cumpliría dos funciones: una de contención y otra de ataque. La primera se materializaría en la instalación de una serie de fuertes y fortines situados a ambas orillas del río Biobío, desde su desembocadura hasta su curso medio. Su función principal era vigilar los



vados e impedir que partidas enemigas los cruzaran, sobre todo en otoño e invierno, cuando el Biobío, que crecía tras los deshielos primaverales, llevaba menos caudal. Dichas fortalezas variaban en el tamaño y la envergadura de sus guarniciones. Las más grandes, como las de Nacimiento y Talcamávida, llegaban a reunir cien soldados en dos compañías, una de infantería y otra de caballería, compuestas por cincuenta hombres cada una y al mando de un capitán; las más pequeñas solo llegaban a tener de quince a veinte infantes a cargo de un teniente, o incluso de un cabo de escuadra. La mayoría de ellas eran simples empalizadas plantadas en la tierra y rodeadas de un foso con un terraplén interior para los vigías; otras, las más grandes, se construían

◀ La **BATALLA DE CURALABA** (1598) marcó un antes y un después en la guerra que enfrentó a los araucanos y a los españoles en la frontera del Biobío. El gobernador Alonso de Rivera estableció un sistema de fuertes cuyo fin era el de asegurar el dominio español en la zona e impedir que los mapuches recuperaran el territorio, como ocurrió tras la derrota en **TUCAPEL** (1553) de las fuerzas de Pedro de Valdivia a manos del toqui Lautaro, cuando los araucanos llegaron, incluso, a arrasar Concepción y amenazar Santiago. Para prevenir estas incursiones, Rivera hizo hincapié en el establecimiento de un **SISTEMA DEFENSIVO** que debía contener a los araucanos e ir asentando la frontera progresivamente, al tiempo que servían de avanzadilla para recuperar el territorio perdido. Sin embargo, aunque el objetivo de asegurar la frontera y preservar el territorio ocupado se logró, las malas condiciones en las que se encontraban los soldados de la Monarquía (faltos de suministros y mal pagados) provocaron que muchos de ellos se dedicaran al saqueo de los poblados araucanos vecinos, lo que favoreció una respuesta agresiva por parte de aquellos, condensada en el ataque sistemático a los fuertes del Biobío. En esta imagen podemos observar el modo en el que se conducían estos ataques que solían tener lugar al despuntar el alba, momento en el que la guarnición podía encontrarse más desprevenida. La táctica empleada con más frecuencia fue la de desplazar **GRANDES MASAS** **1** de guerreros y combinar acciones de grupos reducidos que hostigaban a los enemigos con ataques rápidos. Las armas que solían portar en los asaltos eran unas **LANZAS** **2**, que podían alcanzar los seis metros de altura, con las que impedían el avance de la caballería enemiga formando escuadrones cerrados, arcos y flechas, macanas y boleadoras. Asimismo, existían expertos en el manejo del **LAZO** para derribar al jinete enemigo de su montura. Los guerreros araucanos se protegían con cascos y corazas de piel endurecida y podían portar escudos de madera y cuero. Con el fin de alertar sobre posibles asaltos, los fuertes solían contar con varios **PERROS GUARDIANES** **3** que los anticipaban y ayudaban a los soldados a aprestarse para el combate. Asimismo, el establecimiento de **CENTINELAS** **4** y **RONDAS** **5** para peinar los alrededores demostró ser uno de los métodos más eficaces para contrarrestar los devastadores efectos del factor sorpresa. Los fuertes eran construcciones sencillas, consistentes en una **EMPALIZADA** **6** de unos tres metros de altura rodeada de un foso cuya función era la de dificultar el acceso al **PORTÓN** **7** de entrada, el punto más débil de la construcción. En el interior, la guarnición ocupaba las diferentes **ESTANCIAS** **8** de habitación y almacenaje, mientras que los centinelas se apostaban en el modesto **CAMINO DE RONDA** **9**, hecho de muros de tapial, o en el **PATIO CENTRAL**, patrullando con perros. Las partidas de araucanos se dividían en dos grupos: una **AVANZADILLA** **10** (armada con arcos, macanas, mazas y lanzas), encargada de romper las defensas y penetrar en el fuerte, y una **RETAGUARDIA DE JINETES** **11** cuya función era la de dar caza a las patrullas y a los supervivientes.

de adobe y contaban con torres de vigilancia, un cuerpo de guardia, caballerizas y galerías donde vivía la guarnición. También había fuerzas de presidio en la isla de Chiloé (particularmente en el fuerte de Carelmapu) y en las ciudades de Chillán y Concepción. Cada una de ellas tenía una guarnición de cien hombres, con una estructura similar a la recién descrita, cuya misión era custodiar la ciudad y sus parajes aledaños. Asimismo, los gobernadores contaban con una compañía de guardia formada por tenientes y capitanes reformados, es decir, llamados a retiro y luego vueltos a enrolar. Esta era la “Compañía del Guion”, que los acompañaba en sus desplazamientos y participaba en las acciones militares emprendidas por el Real Ejército cuando incurSIONABA al interior de la Araucanía.

La función de ataque era cumplida por los milites de las grandes fortalezas o tercios de Arauco/Tucapel (fundada y refundada varias veces en distintas ubicaciones), que dominaban el sector costero situado al sur del Biobío y eran comandados por el maestre de campo general, y Yumbel, oficialmente llamado Tercio de San Felipe de Austria y ubicado al norte de dicho río, en su curso medio. Cada tercio reunía alrededor de 500 soldados, de los cuales dos terceras

partes eran infantes armados de espadas y picas y mosqueteros o arcabuceros; el resto eran miembros de compañías de caballería, conocidas como “de caballos ligeros lanzas”. Las compañías de infantería estaban formadas por 100 hombres, comprendiendo una cantidad variable de 20 a 30 arcabuceros o mosqueteros cada una; aunque su número nunca fue fijo, el promedio era de tres compañías de infantes en cada tercio. Las compañías de caballería estaban constituidas por 50 o 60 hombres y solía haber tres o cuatro por tercio. Sobre estas recaía la principal responsabilidad ofensiva, ya que encabezaban los ataques contra los rebeldes y protegían la retirada del ejército en caso de que algo saliera mal.

### LA PROTECCIÓN DE LA FRONTERA

Los tercios eran bastante más grandes que los fuertes ribereños. Habían sido contruidos de adobe con basamentos de piedra y, aparte de contener la infraestructura militar correspondiente, contaban con una pequeña iglesia, caballerizas y galerías para los soldados; en ciertas épocas estos y los fuertes más grandes, como el de Nacimiento, poseyeron algunas piezas de artillería instalada en las torres de vigilancia. En la parte exterior, y al abrigo de sus murallas, vivían los soldados que tenían familia o no habían alcanzado un lugar dentro de la fortaleza, formando pequeñas aldeas cercanas a los sembradíos que cultivaban sus sirvientes domésticos, indios e indias de Chile central y de la Araucanía, y a los asentamientos de los indios amigos.

Este era un ejército en el cual la rotación del personal alcanzaba cifras importantes, obligando a realizar nuevas levass que nunca eran bienvenidas. Cada uno o dos años, en alguna ciudad, villa o paraje del Virreinato del Perú, e incluso de Nueva España, era posible ver ondear una bandera de enganche y divisar algunos militares esperando voluntarios; esos mismos oficiales podían llevar órdenes para reclutar a la fuerza a los que consideraran vagabundos u ociosos. A estos nuevos soldados se les adelantaba un año o más de sueldo, lo que les permitía armarse y vestirse, quedando preparados para tomar los barcos que los llevarían a Chile. Su entrenamiento en el uso de armas y evoluciones, técnicas de combate y otros requerimientos de soldado profesional tendrían que esperar a su llegada a la frontera. Indudablemente, tales hombres constituían un alivio para gobernadores y oficiales generales, pues con ellos se completaban los pies de las guarniciones; sin embargo, no consideraban que su calidad fuera la óptima. Según estaba estipulado, en el ejército chileno solo podían servir españoles, fueran europeos o americanos, lo que cerraba la entrada a sujetos de otras condiciones étnicas. En cualquier caso, a medida que los voluntarios escaseaban y que los capitanes de leva debían completar una cierta cantidad de reclutados para ser remunerados, desaparecían los inconvenientes cuando había que recibir a mestizos, mulatos y toda suerte de tipos, llegando a reclutarse indios, a quienes solo se les cortaba

el cabello (que ellos llevaban largo) para hacerlos pasar por mestizos. Esto provocó que, repetidamente, los gobernadores pidieran el socorro de tropas venidas directamente de España, lo que sucedió solo en 1605, 1621, 1663, 1676 y 1690, y con las que llegaron un total de 3500 soldados; sino que convirtió a la fuerza armada de Chile en un conglomerado étnico diverso y complejo, aunque ello no se refleje necesariamente en la mayoría de las fuentes, que tienden a rotular como españoles al conjunto de los soldados, a menos que se denunciara su falta de aptitudes militares.

Dichas levass tenían una razón fundamental para su periodicidad y recurrencia: la desertión. Más allá de las bajas por heridas y muertes, que no eran importantes a excepción de las ocurridas en las rebeliones generales, o del término de los contratos de reclutamiento, la mayoría de los soldados que debían reemplazarse habían abandonado sus puestos para marcharse al Perú, donde aspiraban a trabajar en alguna estancia ganadera, de vaqueros o mayordomos, entrar en una orden religiosa o perderse entre las callejuelas de las ciudades de Concepción, Santiago o La Serena. Cada año alrededor de 100 hombres desertaban. En ocasiones, estas fugas eran planificadas e involucraban a varios de ellos, bien formando una tropilla de jinetes que abandonaba su guarnición en medio de la noche, a veces disfrazados de frailes y hasta tonsurados, o bien intentando secuestrar un pequeño barco de los que repartían víveres a los fuertes situados a las orillas del Biobío. En otras oportunidades se trataba simplemente de aprovechar la oportunidad y huir, incluso hacia las tierras de la Araucanía, lo que los convertía no solo en desertores sino en renegados.

Al menos para los que emprendían su camino hacia el norte, su primer objetivo era llegar a Santiago o a sus cercanías. Desde ahí algunos seguían al valle de Aconcagua (situado a alrededor de 120 kilómetros al norte de la ciudad) en demanda del paso cordillerano a la provincia de Cuyo, dependiente de Chile pero casi despoblada, desde donde podían subir hacia Tucumán para arribar al Perú, o llegar hasta Córdoba, y desde allí a Buenos Aires. Otros preferían movilizarse hacia los puertos de Valparaíso o La Serena con la esperanza de tomar un navío mercante que los llevara a El Callao e incluso más lejos, como a la ciudad de Quito donde, entre 1656 y 1662, preocupaba la presencia de numerosos desertores de Chile, quienes solo se ocupaban de llevar una vida ociosa y mal entretenida. Pero la desertión, o el mero intento, podía resultarles cara. Perseguidos por el preboste general del ejército y por los corregidores, a quienes fueran sorprendidos *in fraganti* les esperaba la horca o varias decenas de azotes, que los gobernadores no dudaron en aplicar para castigar y dar ejemplo. Sin embargo, aquello no solucionaba un problema que estaba relacionado con sus pobres condiciones de servicio, sus bajos sueldos y el constante peligro de sufrir hambre o un violento e inesperado ataque indígena.

La salida de estos hombres hacia la capital tampoco era extraña. Como una derivación de la precariedad de la vida militar fronteriza, todos los otoños, dando por razón que necesitaban proveerse de caballos, víveres y sirvientes, alrededor de una centena de soldados, suboficiales y oficiales de baja graduación pedían licencia a sus comandantes e, incluso, al gobernador para partir a Santiago, donde permanecían, o en los parajes aledaños, hasta el fin de la primavera. Argumentaban que tenían parientes en Chile central que los podían ayudar a conseguir dichos elementos y, aunque a la llegada del próximo Situado cobraban sus sueldos completos (lo que provocó numerosos reclamos de la Real Audiencia), su marcha era un alivio para las arcas reales, pues durante su ausencia disminuía la cantidad de harina, animales en pie y otros víveres que los factores de los fuertes compraban a los agricultores y mercados locales. Otros, cuyo número se elevaba dos o tres veces sobre el de los autorizados, simplemente abandonaban sus puestos, con la esperanza de que sus oficiales fueran tolerantes a su vuelta y no los castigaran. Iban en busca de lo mismo pero, entre ellos, pocos eran criollos de Chile. Se trataba de hombres que no contaban con redes sociales o parentales a las que acudir ni tampoco con dinero o acceso al crédito.

Cómo hacerse con nuevos caballos y víveres sin un real en la bolsa era la pregunta que muchos se hacían. Su respuesta: tomándolos. No importaba si iban autorizados o no, si pensaban desertar o volver a servir al rey el verano siguiente, las salidas de los soldados hacia el norte significaban un gran problema para los habitantes de los parajes por donde transitaban, pues estas se convertían en verdaderas campañas de pillaje. Todo ello afectaba a los estancieros locales, a quienes robaban ganado; a los indios de los pueblos de las jurisdicciones de Chillán y Concepción, que mediante engaño o rapto eran esclavizados y vendidos en Chile central; sin siquiera mencionar que muchos milites salían con esclavos desde sus fuertes pues, mal que bien, estos eran los únicos bienes a los que podían echar mano para conseguir dinero, víveres o cabalgaduras. Ya en Santiago se multiplicaban las quejas de la Real Audiencia y el Cabildo por sus continuas riñas, sus amancebamientos con indias y mestizas y la continua desobediencia a las justicias de la ciudad. Los milites sabían que el único que podía juzgarlos era el gobernador y se aprovechaban, tanto de su permanencia en Concepción como de la escasez de oficiales militares de justicia que los persiguieran, para actuar con impunidad.

Su vuelta a la frontera no era menos caótica. En medio de la primavera se veían las primeras cuadrillas de soldados cargados de enseres; algunos, recién salidos de la cárcel, donde habían sido arrestados algunas semanas para asegurar su retorno o la devolución de alguna india raptada, se unían a sus compañeros de armas y emprendían el camino del sur. Quizá la única diferencia respecto de lo sucedido meses atrás era que ahora los indios que los acompañaban (asimismo de manera forzosa) provenían de las estancias y pueblos de la región central, donde los soldados entraban para raptar, sobre todo, a mujeres jóvenes, a quienes convertían en sus sirvientes domésticas y, eventualmente, en sus amantes. Instalados en las guarniciones, sus delitos parecían borrarse ante la inminencia de un nuevo periodo de campañas, pues a pesar del origen de lo que traían, estos bienes venían a solucionar parte de un problema (la alimentación de los soldados) que la sola repetición de las licencias y el pillaje durante todo el siglo XVII indicaban que nuevamente se estaba frente a una situación de difícil solución.

Todo ello conformaba una suerte de círculo vicioso que, a la postre, se hizo estructural, formando parte integral de esta fuerza militar, al menos, durante todo el setecientos. Ello afectaba tanto a la operatividad del Real Ejército de la Frontera de Chile como a las posibilidades de negociar con la sociedad mapuche para terminar un conflicto que, de baja o alta intensidad, marcó el tránsito histórico chileno en gran parte del periodo monárquico en el cual los soldados fronterizos tuvieron un rol fundamental.

### BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Contreras, H. (2011): "Una enfermedad vieja y sin remedio: La desertión en el Real Ejército de la Frontera de Chile durante el siglo XVII", *Fronteras de la Historia* 16-II, pp. 443-468.
- Jara, A. (1971): *Guerra y Sociedad en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Ñat, R.; Roa, C. (1953): *Régimen legal del Ejército en el reino de Chile*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Vargas, J. E. (1987): "Antecedentes sobre las levas de Indias para el ejército de Chile en el siglo XVII (1600-1662)", *Historia* 22, pp. 335-356.
- Villalobos, S. (1995): *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

► Bibliografía completa en [www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



**Hugo Contreras Cruces** es doctor en Historia con mención en Historia de Chile por la Universidad de Chile; magíster en Historia por la misma Universidad; y licenciado en Historia por la Universidad de Valparaíso. Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y miembro del Laboratorio de Mundos Coloniales y Modernos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su investigación se ha centrado en la historia de las fuerzas militares fronterizas y de castas chilenas desde el siglo XVI en adelante, y en la migración forzada indígena en Chile durante el mismo periodo.